
CUANDO UN NIÑO MUERE

Lic. Patricia Nieto
Especialista en Recuperación Terapéutica del Duelo

Creo sin lugar a dudas que de todas las muertes la de un niño es la más antinatural y devastadora, no solo para su familia, sino incluso a nivel popular. Es una tragedia sea cual sea la forma en que la muerte ocurra. Es un dolor muy distinto a cualquier otro, es un duelo para el que nadie se prepara jamás, ni remotamente, y que cuesta mucho aceptar, aunque es posible aprender a vivir con ello.

Genera una revolución emocional tanto en el entorno cercano al niño, y a diferencia de otras muertes, también genera gran impacto en entornos distantes que desconocen incluso quien murió, porque el hecho de por sí conmociona.

Este tipo de muerte prematura, para nuestra supuesta ley de vida, trae a la luz no solo el recuerdo de que somos mortales, sino de que podemos serlo en cualquier momento de la vida y que tal ley de vida no existe.

La muerte de un niño desafía el mecanismo de negación de la muerte que hacen a diario los adultos. Tira por tierra nuestros principios y creencias.

Padres

El tabú social respecto de la muerte de un niño deja muy solos a los padres con su duelo, porque son pocas las personas que pueden, o saben, qué hacer y decir para aliviar el dolor propio y el ajeno. Despierta muchos miedos.

Se produce un impacto familiar muy devastador en el hogar del niño.

No hay fórmula universal para salir de este estado de trance existencial en el que la persona entra. Cada uno hará lo posible a su forma y las reacciones serán variadas.

Un niño es para sus padres el representante de su amor, sus ideales, proyectos y muchos significados particulares que cada integrante de la familia depositó en él/ella. He comprobado en la consulta clínica que la compañía de la familia, el poder expresarse, llorar y ser escuchado es primordial para los padres en este proceso.

Jamás se olvidará a un hijo, no tienen que temer eso, el desapego del que se trata es del dolor que queda apegado al hijo.

Por lo tanto, sugiero a los padres:

- Preservar la pareja si están juntos, de forma individual, pero con tolerancia mutua, caminar hasta el fin de este largo y árido duelo que será poder recordarlo sin un lacerante dolor.
- Compartir el duelo.
- Expresarse mutuamente lo que sienten con libertad.
- Llorar juntos, respetar la forma de vivirlo de cada uno.

CUANDO UN NIÑO MUERE

Lic. Patricia Nieto

Especialista en Recuperación Terapéutica del Duelo

- Evitar juzgarse por lo sucedido y por la forma de hacer su duelo.
- Construir una nueva vida.

Es habitual escuchar en el consultorio a las madres que han sufrido la muerte de un hijo, que cuando logran sentir a su hijo dentro de ellas nuevamente es cuando alcanzan la paz de haberlo recuperado de alguna forma. Se vuelven más sociales e incluso hablan con naturalidad de cómo se comunican con ellos.

Es probable que quien no pasó por esa situación crea que esta es una manera de negar la realidad o algo descabellado, pero al contrario es un sentimiento muy auténtico y funciona así, generando una de las tantas salidas sanas que hay que buscarle a este trágico laberinto en que se transforma la vida de la familia de ese niño.

Ayudar a los hermanos

Los hermanos pueden sentirse rehenes entre su propio dolor y el de sus padres. Muchas veces los hermanos del niño fallecido se cierran al dolor, quieren ocupar el lugar del hermano para contentar a los padres, pueden ponerse en víctimas y ser agresivos a la vez. Los adultos deberán:

- Hablarles con la verdad sobre lo sucedido y sobre lo que ustedes sienten.
- Demostrarles mucho cariño.
- Alentarles a expresar lo que sienten, expresándoles su sentir.
- Evitar idealizar al hijo muerto.

Sentimientos

Comúnmente la familia siente una enorme tristeza, sentimientos de soledad, pensamientos que no parecen lógicos, gran culpa, rabia y temor al olvido.

Cuando se trata de la muerte de un niño por momentos la culpa se hace insoportable y atormenta; además viene acompañada del pensamiento de “qué podría o debería haber hecho para cambiar el destino que tuvo porque era un niño y yo era responsable de él”.

La rabia se vuelve hacia el posible causante, el médico e incluso Dios. Cuando se hace muy difícil sobrellevar estos sentimientos, la intervención de un psicólogo especializado puede ayudar a abordarlos, eliminarlos y disminuir el sufrimiento que esto provoca.